

raba si el almirante y el comisario francés accederían al ruego del conde de Montholon. Así es que nada le respondí en concreto, pero sí le dije que los doctores Short y Mitchell habían de entrar inmediatamente en la estancia mortuoria, como así lo hicieron sin oposición...»

El mayor Gorrequer quedó encargado de participar sin tardanza la noticia al almirante y al marqués de Montchenu, quienes se hallaban en una cabaña sita allí muy cerca, en medio del campo. El marqués manifestó que le parecía muy conveniente entrar á ver cuanto antes el cadáver del Emperador y comprobar el estado en que se encontraba, «pues bien pudiera ocurrir que los familiares del general Bonaparte aprovecharan la ocasión para poner veneno en la garganta del cadáver y desfigurarle lo bastante para impedir la identificación». El gobernador le advirtió que la presencia del doctor Arnott alejaba toda sospecha de semejante tentativa, y así se tranquilizó el comisario francés, que, viéndose con ello libre de responsabilidad, consintió en diferir hasta la mañana siguiente su visita á Longwood.

El 6 de Mayo, á las siete de la mañana, el gobernador y el almirante, con sus respectivos estados mayores y acompañados del marqués de Montchenu y del señor de Gors, fueron introducidos en la estancia mortuoria, donde el cadáver de Napoleón reposaba sobre su lecho de campaña. El abate Vignali rezaba junto al túmulo y la servidumbre daba en torno la suprema guardia de honor.

Dice un testigo ocular: «La cabeza de Bonaparte era muy hermosa y su rostro permanecía inalterado, sin ningún indicio de sufrimiento. La negrura del cabello no estaba quebrada por hebras grises... Era imposible no reconocer aquel rostro, de exacto parecido al perfil de las monedas con su efigie (1).»

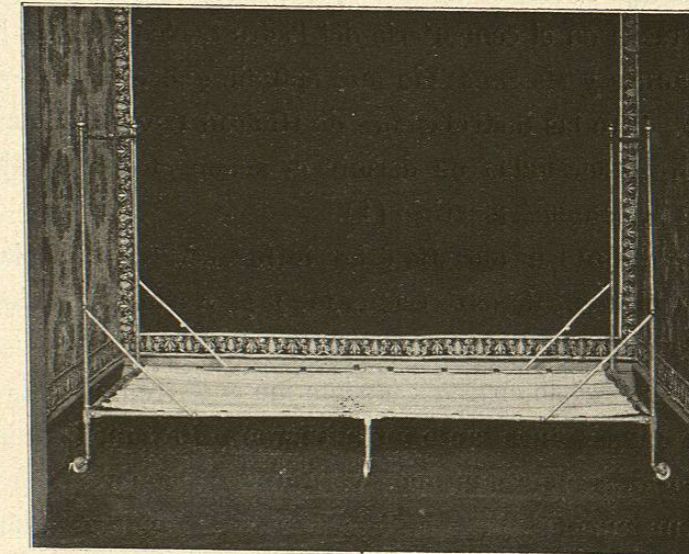
Los doctores Arnott y Antommarchi hicieron la autopsia en presencia de los doctores Short, Mitchell y Livingstone y de los generales Bertrand y Montholon. Después de examinar atentamente los órganos, se levantó un atestado de esta operación para enviarlo al gobierno inglés (2). Según los deseos tantas veces manifestados por el Emperador, separaron el corazón y lo pusieron en un vaso de plata, coronado por un águila, que el gobernador mandó colocar después en el sar-

(1) Relato de Mr. Vidal, oficial de la armada británica.

(2) Véase justificante núm. 10.

cófago, en vista de que sus instrucciones no le autorizaban para permitir que fuese enviada á María Luisa la fúnebre ofrenda.

Vistieron en seguida el cadáver con el verde uniforme de los cazadores de la Guardia imperial, con la cruz de la Legión de honor por única condecoración. Marchand puso en los hombros de su amo las



La cama en que murió Napoleón, hoy en el Museo del palacio de la Malmaison (1).

charreteras de general que más había llevado en vida y le colocó sobre las rodillas el histórico sombrero.

Entonces se permitió la entrada, y durante algunos días toda la guarnición y los habitantes de la isla desfilaron ante el túmulo.

(1) Sabido es que la antigua residencia imperial de la Malmaison está convertida hoy en valioso museo napoleónico, de día en día enriquecido con nuevas adquisiciones, entre las cuales se cuenta el lecho de campaña en que durmió Napoleón la víspera de Austerlitz y en el que fué expuesto al público su cadáver en Santa Elena. Esta histórica cama la ha adquirido hace poco la Malmaison por donativo de un rico americano, á cuyo poder llegó después de curiosas vicisitudes, según las ha relatado M. Juan Ajalbert, actual conservador del museo. El general Bertrand trajo de Santa Elena la cama de Napoleón I y la retuvo en su poder como recuerdo histórico al fijar su residencia en Chateauroux, el año 1822. Muerto el fidelísimo compañero de Napoleón, todos sus muebles, con la famosa cama, pasaron á manos de un colono del general, que por contratiempos de fortuna se vió precisado á vender cuanto poseía á un banquero, en cuyo poder estuvo desde entonces la cama napoleónica, hasta que después de su muerte los herederos hicieron almoneda del mobiliario. El antedicho americano, llamado Eduardo Tuck, adquirió la cama por 1.530 francos y la ha ofrecido generosamente al museo de la Malmaison.

También la familia Murat posee otra cama, en la que se afirma murió Napoleón; pero conviene advertir que en Longwood había dos camas exactamente iguales, construída una de ellas (la de la familia Murat) á propósito para cambiar de sitio al ilustre prisionero durante su larga enfermedad. — (N. del T.)



En su última enfermedad manifestó frecuentemente el Emperador su deseo de que le enterraran en Europa, y así lo reiteró en el testamento y en el codicilo. Se asegura también que pocos días antes de morir pidió que le sepultaran junto á su primera mujer, ó bien en el panteón de su familia en Ajaccio. Según el marqués de Montchenu, á quien se lo dijo la señora Bertrand, Napoleón manifestó el deseo de que le enterrasen en el cementerio del Padre Lachaise, entre los panteones de Lannes y Massena, sin otro epitafio que este solo nombre: «Napoleón». Pero las instrucciones de Hudson Lowe eran terminantes, y el Emperador había de dormir el sueño eterno en el mismo paraje de su prolongado martirio (1).

Únicamente se les concedió á los íntimos de Napoleón la potestad de elegir el lugar de enterramiento, y para ello no tuvieron más que ajustarse al deseo de su amo, que les decía con frecuencia: «Si no puedo ser enterrado en Francia, que me entierren al menos junto á esa fuente cuyas aguas tanto me aliviaron.» De aquella fuente llevaba todos los días el agua á Longwood un criado chino. Manaba en el fondo de un ameno valle, sombreado por dos frondosos sauces, propiedad del comerciante Forbett (2), quien con suma diligencia puso aquel rincón de tierra á disposición de la Compañía. Muy luego empezó la construcción de la sepultura, que no pudo estar terminada hasta el 7 de Mayo. Durante aquellos días hubo necesidad de resguardar con una valla los sauces de la fuente, porque los habitantes de la isla acudían en peregrinación para llevarse las ramas, en recuerdo del paraje en que iba á levantarse la tumba de Napoleón.

Colocaron el cuerpo del Emperador en un triple ataúd de estaño, plomo y caoba, pero fué muy difícil llegar á un acuerdo en la redacción del epitafio. Montholon quería que se pusiese: «Napoleón. Nació en Ajaccio el 15 de Agosto de 1769. Murió en Santa Elena el 5 de Mayo de 1821.»

El gobernador se empeñó en que, además de Napoleón, se pusiera el apellido, *Bonaparte*, y como se negase Montholon á esta exigencia, quedó el ataúd en blanco.

(1) Véase la carta de Mme. Leticia á lord Londonderry. Documentos justificativos, núm. 11.

(2) Sin duda alguna por error, dió Thiers á esta fuente el nombre de Tolbett.

Terminadas las obras, participó el gobernador al general Montholon que las exequias se celebrarían el miércoles, día 9, con honores de general. A las once de la mañana transportaron el féretro á una carroza tirada por seis caballos, con sus palafreneros, y la comitiva se



El cadáver de Napoleón, con uniforme de la Guardia, sobre su lecho mortuario.  
La tumba del Emperador, en el valle Forbett.

puso lentamente en marcha, entre la doble fila de tropas que cubrían la carrera. La artillería, con once piezas, estaba desplegada en la llanura que se extiende á la vista de Longwood. Abrian marcha los regimientos núms. 20 y 60 de línea, un destacamento de marina, el regimiento de artillería de Santa Elena y los voluntarios de la isla. Los soldados iban con las armas á la funerala y los oficiales llevaban



gasa negra en el brazo. «El conde de Montholon y el general Bertrand sostenían las cintas del féretro. Seguían la señora Bertrand con su familia, la señora de Lowe y sus hijas de luto riguroso, los oficiales de marina, el estado mayor del ejército de la isla y el gobernador, Hudson Lowe, con el almirante (1). El abate Vignali iba en coche delante del féretro.»

Al llegar el entierro cerca de Hutsgate, donde la cuesta era muy empinada, tomaron el féretro en hombros y lo llevaron hasta la fosa un piquete de granaderos, marineros y cabos de cañón de la armada inglesa, al mando del oficial del regimiento de granaderos que el 5 de Mayo estaba de servicio en Longwood, al ocurrir la muerte del Emperador.

En el momento de colocar el ataúd en la fosa, adelantóse el abate Vignali para bendecirla, y los cañones de la artillería inglesa dispararon una salva colectiva de once cañonazos, mientras las tropas desfilaban ante aquella tumba que iba á encerrar los restos del glorioso caudillo ante quien, durante tantos años, temblaron todos los soberanos de Europa.

Cubrióse el sepulcro con una ancha losa empotrada al nivel del suelo y el resto del recinto quedó cercado por un macizo de mampostería, con las piedras unidas por grafones de hierro. Ni epitafio ni adorno alguno señalaron la tumba, pero los dos sauces la cubrieron piadosamente con su sombra.

Por orden del gobernador, se estableció una guardia permanente al mando de un oficial en aquel fúnebre paraje, que desde entonces se llamó «Valle de Napoleón».

¡Tan temeroso estaba Hudson Lowe de que robasen el cadáver del Emperador!

\* \* \*

Aquí concluyen naturalmente los informes del marqués de Montchenu, pues con la muerte de Napoleón Bonaparte terminaba su comisión en aquella isla.

(1) *Monitor Universal*, del 13 de Julio de 1821.

Ya sabemos que desde mucho tiempo antes estaba deseando que la muerte le desembarazase lo más pronto posible del ilustre cautivo, y así gozóse en ver llegado el día de salir de aquel «infernial peñón» para restituirse en Francia al seno de su familia. Al participarle al duque de Richelieu, con fecha 6 de Mayo, el memorable acontecimiento á cuyo relato ponemos término, añadía: «Partiré cuanto antes, pues ya no es aquí necesaria mi presencia.»

Regresó á Europa á primeros de Septiembre, en el mismo buque que repatriaba á la servidumbre imperial. Hudson Lowe y su familia partieron también por aquel entonces, y muy luego no quedó en Santa Elena más que una corta guarnición, destinada á custodiar la tumba del Emperador.



Mascarilla en bronce de Napoleón I,  
reproducida de la que moldeó el Dr. Antommarchi en Santa Elena.  
(Museo Municipal de Ajaccio.)